

SOLIDARIDAD ¿consigna o virtud?

Por PEDRO DEL VALLE

Si bien es cierto que en toda sociedad humana, incluida la nuestra, existe una fuerte dosis de individualismo, no es menos cierto que entre nosotros, como en el resto del mundo, ocurren múltiples manifestaciones de solidaridad y fraternidad. La solidaridad no sólo constituye una vinculación cordial entre los pueblos y las naciones, sino un sentimiento que debe llevarse a cabo también en las relaciones de las personas que conviven bajo un mismo techo, laboran en un mismo centro de trabajo o asisten a una misma comunidad religiosa.

El papa Juan Pablo II ha dedicado una encíclica a la solidaridad, la cual presenta como una solución a muchos problemas que aquejan a nuestro mundo. El Santo Padre sostiene que la solidaridad es una virtud humana y cristiana, una cualidad que debe poseer cualquier persona, sea cual fuere su creencia religiosa o su concepción de la vida.

Se trata de una virtud que hunde sus raíces en la propia naturaleza de la persona humana: un ser creado a imagen y semejanza de Dios. Por ello, el Sucesor de Pedro afirma que “el ejercicio de la solidaridad, dentro de cada sociedad, sólo es válido cuando sus miembros se reconocen, unos a otros, como personas”. La explotación en sus diversas variantes, la opresión, la manipulación y la discriminación de los demás, por cualquier motivo, están excluidas de una sociedad cuando esta considera al otro como una persona y no como un objeto, susceptible de ser manipulado hasta la degradación.

Pero la solidaridad es aún más. Se trata de una virtud cristiana que tiene su raíz en el amor, mediante el cual Dios se ha hecho solidario de todos los hombres en la persona de Jesucristo, concretamente en la encarnación.

El Santo Padre sostiene que la solidaridad es una virtud humana y cristiana, una cualidad que debe poseer cualquier persona, sea cual fuere su creencia religiosa o su concepción de la vida

El hecho de hacerse hombre es la irrupción de Dios en la historia para elevar la dignidad de la persona humana y ofrecerle a esta la posibilidad de su salvación. Las palabras de Jesús “les aseguro que cuando lo hicieron con uno de estos, mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron”, definen lo que implica la solidaridad para un cristiano.

Atender, asistir, promover a uno de estos hermanos es hacerlo con y por Cristo, elevándose el rango de virtud humana (filantropía) al de virtud cristiana (amor) que conlleva la justicia. El individualismo (en cierta medida la antítesis de la solidaridad), se extiende entre nosotros de manera inquietante.

Las formas individualistas de comportamiento no contribuyen a solucionar los problemas, sino que los agudizan, por ello nos conviene a todos, creyentes o no creyentes, educar a los más jóvenes para que se muestren solidarios de forma real y eficaz.

En otro contexto, decía el apóstol Juan: “¿Cómo dices que amas a Dios al que no ves, si eres incapaz de amar a tu hermano, al que ves?”.

Parafraseándolo, se podría preguntar: ¿cómo es posible ser solidarios con alguien a quien no conocemos y que no nos conoce, distante y difuso, cuando somos capaces de sufrimiento del familiar anciano, del vecino, del compañero de trabajo o de estudios, porque “no es de los nuestros”?

El Papa recuerda a todo,s el principio evangélico, tan arraigado en la tradición de la Iglesia, de aliviar el dolor y la miseria de quienes las sufren no sólo con cosas superfluas, sino con las que realmente les son imprescindibles.

El mundo de hoy necesita ver, en la solidaridad de todos, la mano de Dios.